

El sufrimiento humano en los profetas del Antiguo Testamento

Maestro Jesús González Flores

La tradición profética

Con muchísima frecuencia los Profetas de la Biblia levantaron su voz contra aquellos tiranos que ocasionaban sufrimientos al pueblo. La mayoría de las veces estos gritos se elevaron a Dios y nos hacen ver con claridad la gravedad del asunto.

Estos grandes hombres y mujeres, testigos de la revelación divina, tomaron muy en serio el asunto del sufrimiento humano. Jamás lo minimizarán; por el contrario, se compadecerán profundamente con todos los que sufren, haciendo su reclamo al cielo por este mal que no debiera existir.

Cualquiera de nosotros que abra la Escritura escuchará de inmediato un concierto coral inmenso, un verdadero griterío de gemidos, quejas y lamentos como expresión de todas las desgracias públicas y privadas: sequías, inundaciones, pérdida de los bienes, grandes calamidades, guerras, derrotas, destrucciones, esclavitudes, exilios, muertes y lutos que aquejan a la humanidad entera. Hasta podríamos afirmar que toda la Biblia es del género literario llamado *lamentación*. Esta solemne letanía del sufrimiento se prolonga hasta el “gran clamor y las lágrimas” de Jesús ante la muerte (Hb 5,7)

El juicio de los profetas pronunciado sobre el sufrimiento universal es una verdadera rebelión de la sensibilidad: el sufrimiento es un mal que no debiera ser.

La interpretación del sufrimiento

La Biblia no recurrirá, para explicar el escándalo de sufrimiento, a un simple pleito entre los diferentes dioses. Los exiliados de Babilonia ante la guerra, la destrucción de Jerusalén y el exilio llegaron a creer que Yahvé, el Dios de este pueblo, había sido vencido por un dios más fuerte; sin embargo, los profetas, para defender a su Dios, no piensan en excusarlo, sino en sostener que el sufrimiento no se sale de su control. Escuchemos a Dios en el profeta Isaías (45,7): “Yo hago la luz y creo las tinieblas, yo hago la felicidad y provocho la desgracia”. Tenemos, además, a un profeta que formuló un principio muy atrevido, Amós (3,6): “¿Sucede alguna desgracia en una ciudad sin que Dios sea su autor?”. La intransigencia de este principio desencadenará reacciones tremendas como las de este salmista (Sal 10,4): “¿no hay Dios!”, dirá el impío ante el mal del mundo; o este otro (Sal 73,11): que sí aceptará la existencia de Dios, pero de un Dios “incapaz de conocimiento” y, en consecuencia de todo esto, la mujer de Job le sugerirá: “¿Maldice a Dios y muérete!” (Job 2,9).

Claro está, se darán muchas explicaciones al sufrimiento como producidas por agentes naturales, por el azar, por la fatalidad de la vida del hombre, por el desgraciado pecado original, por la maldición, por Satán; sin embargo ninguno de estos agentes pueden quedar fuera del poder de Dios, de modo que fatalmente resulta implicado Dios. Los profetas no pueden comprender la felicidad de los impíos y la desgracia de los justos: (Jer 12,1-6; Hab 1,13; 3,14-18).

Alentando la esperanza

Aunque Israel haya padecido las peores catástrofes, el pesimismo nunca triunfó; hasta en los profetas más sombríos se descubre siempre una chispa de esperanza y felicidad: (Jer 9,16-23), en general, siempre habrá en la Biblia un presentimiento oscuro de la resurrección triunfal que dará oxígeno para seguir adelante.

Profetas y sabios, deshechos por el sufrimiento, pero sostenidos por su fe, entran poco a poco en el misterio del sufrimiento (Sal 73,17). Descubrirán el valor purificador del sufrimiento, como el del fuego que separa el metal de sus escorias (Jer 9,6), su valor educativo, el de una corrección paterna, y terminan viendo en la prontitud del castigo una especie de efecto de la benevolencia divina. Aprenden a acoger en el sufrimiento la revelación de un designio divino que no logramos entender.

Finalmente, descubrirán que al sufrimiento se le ha infundido un valor de intercesión y de redención. Este valor aparecerá en Moisés y en algunos profetas más probados por el sufrimiento, como Jeremías (Jer 8,18-21; 11,19; 15,18), pero todos ellos no serán sino solo figuras del “Siervo de Yahvé”.

El Siervo de Yahvé

Los cánticos que hablan del Siervo de Yahvé se encuentran en los capítulos 40-55 del libro de Isaías; estos capítulos forman el llamado “Libro de la consolación”. Básicamente los cantos del Siervo son cuatro: Is 42,1-9; 49,1-6; 50,4-11 y 52,13-53,12.

¿Quién es el Siervo de Yahvé en estos cánticos? ¿Es el Pueblo de Israel? ¿Será Ciro el nuevo emperador persa? o ¿Será el mismo profeta Isaías? o quizás ¿Un caudillo del nuevo éxodo o un personaje misterioso que rebasa los acontecimientos de la historia vivida en la época del escritor?.

Son poemas de un siervo de Dios paciente y glorificado.

Literalmente los poemas son muy sencillos pero muy enigmáticos. El contenido es la narración que un grupo de personas hace de la pasión, muerte y triunfo del personaje. Esto es sencillo; pero ¿Quién es el grupo narrador?, ¿Quién es el Siervo?, ¿A qué hechos se refiere? Lo que realmente tenemos aquí son problemas de identificación, no de significado.

El contenido es clarísimo, y por eso es tan extraño. Un inocente que debe sufrir (contra la doctrina de la retribución), mientras son respetados unos culpables (escándalo de algunos salmos); un humillado que triunfa (esto es menos extraño, aunque siempre sorprende), un muerto que vive (esto sonaba a ilusión poética). El poema es así, pero, ¿Cuál es su mejor interpretación?

La interpretación mesiánica

Existe la tesis de que los poemas del Siervo de Yahvé son un ciclo de profecías que se amplían y profundizan progresivamente: estas profecías se han cumplido claramente y perfectamente en Cristo Jesús y sólo en Él. Nadie fue tan enteramente “Siervo de Yahvé” como Él (Hch 3,13.26; 4,27-30; Fil 2,7-9).

De este modo el escándalo supremo del sufrimiento humano se convierte en la maravilla inaudita, en la “revelación del brazo de Dios” (Is 53,1). Todo el sufrimiento y todo el pecado del mundo se han concentrado en Él y, por haber Él cargado con ellos en la obediencia, obtiene para todos la paz y la curación (Is 53,5), el fin de nuestros sufrimientos.

Sin embargo, Jesús no suprime en el mundo ni el sufrimiento ni la muerte. A ésta última Él la ha “reducido a la impotencia” (Hb 3,14). Jesús nunca estableció que hubiera una conexión entre la enfermedad o un accidente y el pecado (Lc 13,2.ss; Jn 9,3). Jesús no

suprime el sufrimiento pero lo consuela (Mt 5,5); no suprime las lágrimas, únicamente enjuga algunas a su paso (Lc 7,13; 8,52), en signo del gozo que unirá a Dios y a sus hijos el día en que enjuge las lagrimas de todos los que habitamos este planeta.

Primer Canto del Siervo - Isaías 42

- 1 He aquí mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él: dictará ley a las naciones.
- 2 No vociferará ni alzará el tono, y no hará oír en la calle su voz.
- 3 Caña quebrada no partirá, y mecha mortecina no apagará. Lealmente hará justicia;
- 4 no desmayará ni se quebrará hasta implantar en la tierra el derecho, y su instrucción atenderán las islas.
- 5 Así dice el Señor Dios, el que crea los cielos y los extiende, el que hace firme la tierra y lo que en ella brota, el que da aliento al pueblo que hay en ella, y espíritu a los que por ella andan.
- 6 Yo, el Señor, te he llamado en justicia, te tomé de la mano, te formé, y te he destinado a ser alianza del pueblo y luz de las gentes,
- 7 para abrir los ojos ciegos, para sacar del calabozo al preso, de la cárcel a los que viven en tinieblas.

Segundo canto del Siervo - Isaías 49

- 1 ¡ Óiganme, islas, atiendan, pueblos lejanos!
El Señor desde el seno materno me llamó;
desde las entrañas de mi madre recordó mi nombre.
- 2 Hizo mi boca como espada afilada, en la sombra de su mano me escondió;
me hizo como saeta aguda, en su carcaj me guardó.
- 3 Me dijo: «Tú eres mi siervo (Israel), en quien me gloriaré.»
- 4 Pues yo decía: «Por poco me he fatigado, en vano e inútilmente mi vigor he gastado.
¿De veras que el Señor se ocupa de mi causa, y mi Dios de mi trabajo?»
- 5 Ahora, pues, dice el Señor,
el que me plasmó desde el seno materno para siervo suyo,
para hacer que Jacob vuelva a él, y que Israel se le una.
Mas yo era glorificado a los ojos del Señor, mi Dios era mi fuerza.
- 6 «Poco es que seas mi siervo, en orden a levantar las tribus de Jacob,
y de hacer volver los preservados de Israel.
Te voy a poner por luz de las gentes,
para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra.»

Tercer canto del Siervo – Isaías 50

- 4 El Señor Dios me ha dado lengua dócil,
que sabe decir al cansado palabras de aliento.
Temprano, temprano despierta mi oído para escuchar, igual que los discípulos.
- 5 El Señor Dios me ha abierto el oído. Y yo no me resistí, ni me hice atrás.
- 6 Ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban,
mis mejillas a los que tiraban mi barba.
Mi rostro no hurté a los insultos y salivazos.

⁷ Pues que el Señor habría de ayudarme para que no fuera insultado, por eso puse mi cara como el pedernal, a sabiendas de que no quedaría avergonzado.

⁸ Cerca está el que me justifica: ¿quién disputará conmigo?
Presentémonos juntos: ¿quién es mi demandante?, ¡qué se llegue a mí!

⁹ He aquí que el Señor Dios me ayuda: ¿quién me condenará?
Pues todos ellos como un vestido se gastarán, la polilla se los comerá.

¹⁰ El que de entre ustedes tema al Señor oiga la voz de su Siervo.
El que anda a oscuras y carece de claridad
confíe en el nombre del Señor y apóyese en su Dios.

¹¹ ¡Oh ustedes, todos los que encienden fuego, los que soplan las brasas!
Vayan a la lumbre de su propio fuego y a las brasas que han encendido.
Esto les vendrá de mi mano: en tormento yacerán.

Cuarto canto del Siervo - Isaías 52-53

¹³ He aquí que prosperará mi Siervo,
será enaltecido, levantado y ensalzado sobremanera.

¹⁴ Así como se asombraron de él muchos
- pues tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre, ni su apariencia era humana -,

¹⁵ otro tanto se admirarán muchas naciones; ante él cerrarán los reyes la boca,
pues lo que nunca se les contó verán y lo que nunca oyeron reconocerán.

53 ¹ ¿Quién dio crédito a nuestra noticia? Y el brazo del Señor ¿a quién se le reveló?

² Creció como un retoño delante de él, como raíz de tierra árida.
No tenía apariencia ni presencia; (le vimos) y no tenía aspecto que pudiéramos estimar.

³ Despreciado, marginado, hombre doliente y enfermizo,
como de taparse el rostro por no verle. Despreciable, un Don Nadie.

⁴ ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado.

⁵ Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas.
Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus llagas hemos sido curados.

⁶ Todos nosotros como ovejas andábamos, cada uno marchaba por su camino,
y el Señor descargó sobre él la culpa de todos nosotros.

⁷ Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca.
Como un cordero al degüello era llevado,
y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca.

⁸ Tras arresto y juicio fue arrebatado, y de sus contemporáneos, ¿quién se preocupa?
Fue arrancado de la tierra de los vivos; por las rebeldías de su pueblo ha sido herido;

⁹ y se puso su sepultura entre los malvados y con los ricos su tumba,
por más que no hizo atropello ni hubo engaño en su boca.

¹⁰ Quiso el Señor destrozarlo con padecimientos, y Él ofreció su vida como sacrificio
por el pecado. Por esto verá a sus descendientes y tendrá larga vida y el proyecto del
Señor prosperará en sus manos.

¹¹ Por las fatigas de su alma, verá luz, se saciará.
Por su conocimiento justificará mi Siervo a muchos, y las culpas de ellos él soportará.

¹² Por eso le daré su parte entre los grandes y con poderosos repartirá despojos,
ya que indefenso se entregó a la muerte y con los rebeldes fue contado,
cuando él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los rebeldes.